

Bingen (Bingium), Maguncia (Mogontiacum), Espira (Noviomagus) y Estrasburgo (Argento ratum). En el siglo IV, Tréveris es la ciudad más importante de la región renana. Muchas se formaron alrededor de los campos romanos, comenzando por ser agrupaciones de barracas, *canabae*, y habiendo sido transformadas por la afluencia de mercaderes; desde ellas se difunden entre los germanos los productos y las costumbres de Roma. Sin embargo, en el siglo IV las leyes prohíben todavía vender á los bárbaros oro, plata acuñada, vino, aceite, hierro y trigo (1).

Las numerosas palabras del idioma latino que penetraron en los idiomas germánicos atestiguan asimismo



Carro germánico tirado por bueyes
(Bajo relieve de la columna de Trajano)

la influencia romana; citaremos entre ellas las siguientes: las que designan las partes de la casa (*Kammer*, de *cámara*, habitación; *Fenster*, de *fenestra*, ventana; *Kamin*, de *caminus*, chimenea; *Keller*, de *cellarium*, bodega), las construcciones militares (*Wall*, de *vallum*, muralla; *Thurm*, de *turris*, torre; *Cassel*, de *castellum*, castillo), el mobiliario (*Tafel*, de *tabula*, mesa; *Flasche*, de *fasca*, botella, etc.), los cultivos, los frutos, los metales. Ciertos nombres de lugares muy frecuentes tienen, bajo su fisonomía germánica, un origen romano: los terminados en *weiler* proceden de *villare*, diminutivo de villa; los en *polder*, de *paludarium*; los en *drecht*, *dricht* y *trecht*, de *tractus*. En el monumento más antiguo de la lengua gótica, ó sea la traducción de las Sagradas Escrituras, abundan los vocablos latinos y hasta se encuentran radicales góticos unidos á sufijos latinos. La antigua escritura germánica ó escritura rúnica no es sino una imitación de la escritura romana uncial (2).

Los germanos habíanse mantenido fieles á sus antiguos dioses y á fines del siglo IV ningún testimonio prueba que el cristianismo hubiese penetrado en la Germania transrenana. Entre los mismos generales bárbaros que entonces encontramos al servicio del Imperio, los hay que combaten con violencia la nueva religión. El

(1) Sobre esta región y particularmente sobre Tréveris en el siglo IV, véase págs. 195 y siguientes del presente tomo. Mommsen, *Histoire romaine*, traducción de Cagnat y Toutain, tomo IX, 1887. Jung, *Die romanischen Landschaften des römischen Reiches*, 1881.

(2) Kurth, obra citada. Breal, *Premières influences de Rome sur le monde germanique*, «Journal des Savants», 1889.

franco Arbogasto que disputa el poder á Teodosio se apoya en el paganismo y en Milán amenaza con obligar á los sacerdotes á prestar el servicio militar y con transformar en caballerizas las iglesias; Banto y Rumorido son adversarios de San Ambrosio; y en la corte de Honorio, Generido quiere renunciar al mando que ejerce antes que abandonar el culto de sus dioses. Citase, sin embargo, en aquella época una reina de los marcomanos, Fritigila, que se convirtió, y habiéndole escrito San Ambrosio, por consejo de éste decidió á su marido á someterse á Roma; pero, según parece, sólo se trata aquí de una conversión aislada.

Cierto que entre los godos encontramos algunos cristianos desde el siglo III, hecho del cual varios historiadores eclesiásticos, propensos á generalizaciones apologeticas, han querido hacer argumento para afirmar que «casi todos los bárbaros se convirtieron al cristianismo durante sus guerras con los romanos, en tiempo de Galiano y de sus sucesores;» pero estas informaciones sólo tienen un valor parcial. En el siglo IV, el godo Ulfilas fué ordenado obispo por Eusebio de Nicomedia é hizo en lengua gótica una traducción célebre de los Libros Santos; mas tuvo escaso éxito entre sus compatriotas, á quienes predicaba la doctrina semi-ariana, y hubo de buscar con sus adeptos refugio cerca del emperador, el cual los estableció en las provincias danubianas. En 370, el rey Athanarico emprendió una violenta persecución contra los godos que habían aceptado el cristianismo, y sólo hasta más tarde, cuando los visigodos acaudillados por Fritigern, solicitaron el apoyo de los romanos, hizo progresos entre ellos el arrianismo (3).

V.—Los germanos en el Imperio (4)

En el mismo territorio del Imperio pululan los germanos establecidos allí con carácter fijo; en algunas regiones dominan bajo la soberanía nominal de los emperadores; en otras llenan los huecos de una población que sin cesar decrece.

La condición de estos recién llegados es muy diversa. A menudo son rebaños de esclavos que una campaña afortunada lanza al mercado romano; así después de las victorias de Claudio el Gótico «no hubo provincia alguna en el Imperio, escribe Trebelio Polio, en donde no hubiera godos cuya esclavitud atestiguaba nuestro triunfo.» Las bellas cautivas germanas son muy solicitadas en las casas de los ricos galo-romanos: Ausonio tiene una, la sueva Bissula, «de ojos azules y rubia cabellera, que ha recibido la educación romana sin perder por ello la gracia germánica» y que es bien tratada y vive

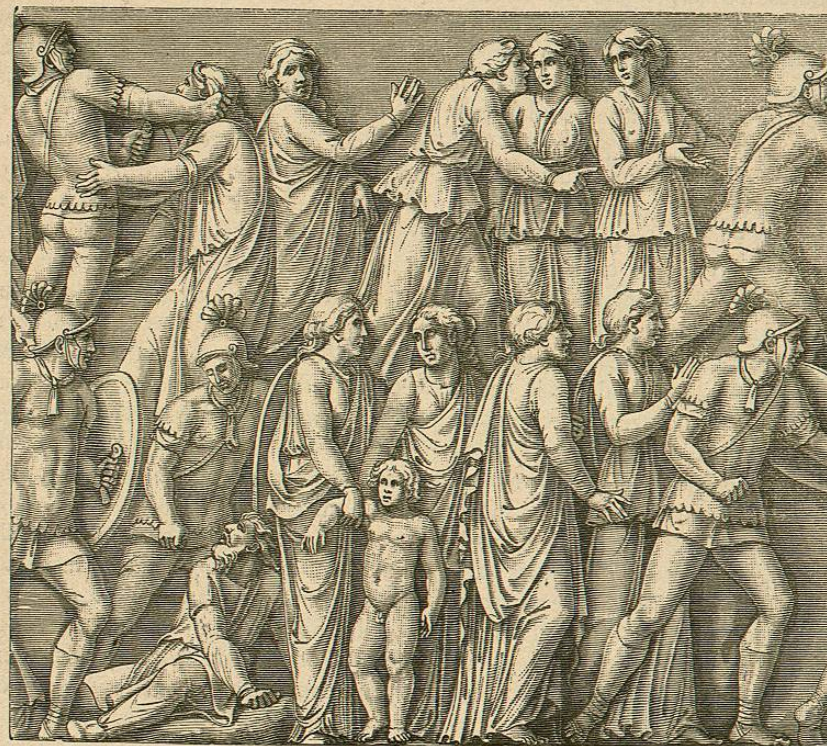
(3) Bessell, *Über das Leben des Ulphilas*, 1860, y el artículo *Gothen* en la *Enzyklopädie* de Ersch y Gruber, tomo 75, 1862. Revillon, *De l'arianisme des peuples germaniques*, 1850.

(4) Véase pág. 87. Se han publicado numerosos trabajos sobre los germanos establecidos en el Imperio: Gaupp, *Die germanischen Ansiedlungen und Landtheilungen in den Provinzen des römischen Reiches*, 1844. Leotard, *Essai sur la condition des Barbares établis dans l'empire romain au IV^e siècle*, 1873. Opitz, *Die Germanen im römischen Imperium*, 1867. Stückel, *Die Germanen im römischen Dienste*, 1880. Mommsen, *Die germanischen Leibwächter der römischen Kaiser*, «Neues Archiv», 1883. Rosenstein, *Die germanischen Leibwache der julisch-claudischen Kaiser*, «Forschungen zur deutschen Geschichte», 1883. Guilhiermoz, *Essai sur l'origine de la noblesse en France*, 1902.

como mujer libre. Otras veces, tribus enteras se entregan á los vencedores después de una derrota: son los *deditii*, los *gentiles*, los *letes*, colonos militares al servicio del Imperio. Ciertos pueblos han celebrado tratos con Roma, y de aquí su nombre de *federados*. En todos los puntos de la Galia se encuentran, á principios del siglo V, cuerpos de tropas de estos soldados bárbaros (1).

Roma por su propio impulso les permite ingresar en sus ejércitos y esta forma de invasión no es la menos grave: los emperadores, obligados á recurrir á este sistema de reclutamiento, procuran ver tan sólo su lado

partida de *letes* alamanes se arroja de improviso sobre Lyon y no pudiendo entrar en la ciudad devasta sus alrededores. En 377, los lentios pasan el Rhin para saquear la Galia; y es que uno de ellos, que sirve en la guardia imperial y que ha regresado á su país por asuntos particulares, les ha dicho que la ocasión era buena y que el emperador Graciano se veía obligado á partir para Oriente. Es más, los germanos al servicio de Roma pretenden disponer del Imperio y auxiliares bárbaros son los que en 360 proclaman emperador á Juliano y lo alzan sobre el pavés á estilo germánico.



Mujeres germánicas prisioneras. (Bajo relieve de la columna de Marco Aurelio.)

bueno, cual es el de ser esos bárbaros soldados vigorosos; esto no obstante, más de uno se hace perfectamente cargo de los peligros á que Roma está expuesta con tales defensores. Así por ejemplo, cuando Probo alista de una sola vez 16.000 bárbaros, los disemina en las diversas ciudades y los mezcla con otros soldados: «No es menester que se vea, dice, lo que Roma debe á los auxiliares bárbaros.» Valientes en el combate, se doblegan difícilmente á la disciplina, siguen siendo groseros y ladrones y llevan el terror á las poblaciones cuya defensa les ha sido encomendada. En el año 69, cuando Vitelio entra en Roma, el aspecto de esos soldados «cubiertos con pieles de animales» asombra á los romanos. Si alguien se burla de ellos, si tropiezan con un transeunte, en seguida se enfurecen, caen sobre la multitud y la acuchillan; sus riñas con los legionarios romanos son frecuentes y á veces poco les falta para degenerar en batallas. Por otra parte, la fidelidad de estos germanos es dudosa; los más terribles adversarios del Imperio, Arminio, Marbod, Gannascus y Civilis, han vivido en Roma y han servido en los ejércitos romanos. En 357, mientras Juliano organiza una expedición, una

Estos extranjeros son empleados, no sólo en la defensa de la Galia, sino que también en el cultivo de su suelo, y si bien no es exacto que la institución de los colonos date del siglo IV, ni que sea de origen germánico, es cierto, por lo menos, que los colonos se reclutan cada vez más entre los bárbaros, á quienes se establece en masas en los campos. En una época en que los pequeños propietarios se esfuerzan por substraerse á una condición cuyas cargas pesan demasiado sobre ellos y en que existen vastos territorios faltos de brazos que los cultiven, ¿no es acaso un medio de realzar la propiedad del Imperio el sujetar al terruño á esos robustos cultivadores? Así piensa el Estado y por esto establece colonos de esos en sus fincas y los facilita también á los particulares, mereciendo el elogio de los contemporáneos: «Gracias á ti, Maximino Augusto, escribe un panegirista, el franco sometido á nuestras leyes ha cultivado los campos abandonados de los nervios y de los treviro, hoy, gracias á ti, Constancio César, todo lo que permanecía inculto en los territorios de Amiéns, de Beauvais, de Troyes y de Langres, reverdece merced á los cuidados de un cultivador bárbaro.» ¿No es, por ventura, una victoria verlos establecidos con sus hijos «y cultivar de nuevo las tierras que

(1) Véase págs. 156 y 157.

ellos mismos devastaron y dejaron desiertas?» «Que el salio, dice Claudiano, labre nuestros campos, que el sicambro encorve su espada para hacer de ella una hoz.» En la Edad media y hasta en nuestros días se ha conservado en los nombres de muchas localidades el recuerdo de esas colonias de agricultores bárbaros.

De manera que, según confesión de los mismos romanos, á los germanos incumbe en parte el cuidado de asegurar la riqueza y la seguridad del Imperio. Pero esos bárbaros no se resignan á formar las capas inferiores de la población y del ejército, sino que disputan á los romanos los honores, los cargos públicos y sobre todo el mando de las tropas: Constantino, según parece, fué el primero en investirles de funciones y de dignidades y aun en elevarlos al consulado, y Juliano, que le censura por ello, hace otro tanto. En tiempo de Constancio hay en la corte muchos y muy poderosos francos, y Amiano Marcelino nos refiere que durante toda la segunda mitad del siglo IV los ejércitos están en manos de oficiales superiores y generales germánicos. Entre las varias historias que podríamos citar, mencionaremos la de Charietto, por ser altamente instructiva: era éste un aventurero bárbaro acostumbrado al bandolerismo y á los golpes de mano; un día abandona su país y se establece en Tréveris, en donde se le ocurre la idea de defender las ciudades de la Galia contra los ataques de los bárbaros. Animado de tales propósitos, va á sorprender en los bosques á hordas de germanos, mientras están sumidos en la embriaguez ó en el sueño, y cortando las cabezas de aquellos á quienes ha dado muerte, regresa á Tréveris para mostrárselas á los habitantes de esta ciudad. Muy pronto es jefe de una cuadrilla de bandidos y se pone al servicio de Juliano; algunos años más tarde lo encontramos investido de un importante mando militar en las dos Germanias.

Si son generales y cónsules, ¿por qué no han de alcanzar puestos aún más elevados? Ya en el siglo III, Maximino, hijo de un godo y de una alana, llega á ser emperador, si bien oculta su origen; el emperador Galiano se casa con la hija de un rey marcomano, Pipara, «y envejece en el amor de una mujer bárbara,» según dice un contemporáneo; Bonoso, que en el reinado de Probo usurpa el Imperio en Galia, está casado con una goda, Hunila, de regia estirpe. En el siglo siguiente, algunos bárbaros se apoderan osadamente del poder: Magnencio, el asesino de Constante, rival de Constancio, es hijo de un *lete* ó de un prisionero germano, y es vencido á consecuencia de la defección de un general de origen franco, Silvano, el cual á su vez se hace proclamar emperador. En 391, el emperador Teodosio, al verse obligado á dejar el Occidente, confía al franco Arbogasto la tutela del joven Valentiniano II; éste quiere despojar al germano del cargo de maestro de la milicia; pero Arbogasto le responde: «Tú no me has dado este poder y no puedes quitármelo.» Poco después se desembaraza de su pupilo, y aunque no se atreve á otorgarse á sí mismo la dignidad imperial, la confiere al retórico Eugenio, que no será más que un instrumento suyo. Teodosio venció á este rebelde, pero no cambió de política á pesar de la traición de Arbogasto, sino que á su muerte confió á Estilicón, de origen vándalo, el cuidado de velar por sus hijos y de defender el Imperio. En situación inferior á Estilicón otros bár-

baros, Gainas, Tribigildo, Fravitta y Sarus, acaudillan ejércitos. De los dos hijos de Teodosio, Honorio es yerno de Estilicón y Arcadio del franco Bauto.

VI.—*Sentimientos de los germanos hacia Roma; sentimientos de los romanos y de los cristianos hacia los bárbaros.*

Esos germanos que pueblan los ejércitos y los campos y que se apoderan de las funciones públicas, no se hacen cargo de la próxima ruina de Roma ni de la parte que toman en ella. Con mucha razón se ha dicho: «El Imperio no era para ellos un enemigo, sino una carrera; á él acudían en busca de fortuna individuos, familias, hordas, pueblos.» El visigodo Atanarico, que durante el reinado de Teodosio visita Constantinopla, se maravilla y exclama: «¡Ah! No hay duda de que el emperador es un dios terrestre, y quien levanta contra él la mano merece la muerte (1).» Por más que devasten las provincias y derroten á los ejércitos imperiales, el culto de Roma se les impone; la extensión del Imperio, su prosperidad, su riqueza, la regularidad de sus instituciones les asombran, y al igual que los romanos, no conciben que su existencia pueda tener término. A veces se sublevan contra el emperador reinante, mas no se les ocurre la idea de suprimir el poder imperial.

Los romanos, por su parte, no les odian por sistema, y cuando los panegiristas felicitaban á los emperadores porque llenaban de germanos las legiones y las provincias, no lo hacían simplemente por adulación, sino que expresaban la opinión general. Imaginábanse los romanos á los pueblos bárbaros sucesivamente sometidos, disciplinados y gastando en adelante sus mal organizadas fuerzas al servicio de Roma, y se sentían orgullosos de tal obra como pueden sentirse los que doman la rebelde y amenazadora naturaleza. Inteligencias ilustradas y generosas creían de buena fe resuelto el problema del peligro bárbaro que tres siglos antes llenaba de angustia á Tácito. Indudablemente las costumbres brutales de los soldados germanos, la fortuna brillante y el crédito de sus oficiales despertaban cóleras y celos; la misma Roma tomaba una fisonomía extraña, hasta el punto de que en 397, 399 y 416 se dictaron leyes prohibiendo los cabellos largos, las botas, los calzones y todas las prendas germánicas que se habían puesto en moda y que habían adoptado algunos emperadores como Graciano; pero estos inconvenientes no podían hacer olvidar las ventajas que se obtenían haciendo trabajar y combatir á la Germania en provecho del Imperio. Sólo más tarde, cuando los godos hubieron entrado en Roma, cuando los bárbaros se diseminaron como amos por las provincias, disipáronse las ilusiones y se vió que aquella política que había parecido tan hábil todo lo había abandonado á los germanos. «La misma Roma, dice entonces Rutilio Namaciano, estaba entregada á los soldados cubiertos de pieles de animales, y era cautiva antes de ser tomada.»

*«Ipsa satellitibus pellitis Roma patebat
Et captiva prius quam caperetur erat.»*

(1) Jordanis, capítulo 28. Por lo que se refiere al período anterior, Fustel de Coulanges, en *L'invasion germanique*, pág. 312 y siguientes ha reunido varios hechos del mismo género.

Allá por el año 400 todavía duraba el hechizo: uno de los mejores patriotas de aquel tiempo, Claudiano, cantaba las victorias del vándalo Estilicón; pues bien, Claudiano, á pesar de sus flores retóricas y de sus anticuadas alegorías, ama profundamente á Roma y habla de ella con elocuencia: «Ella es, dice, la única que ha recibido en su seno á aquellos á quienes había vencido, y portándose como madre, no como reina, ha dado un mismo nombre á todo el género humano, haciendo ciudadanos de aquellos á quienes ha domado, y juntando con sagrados lazos los pueblos apartados unos de otros. Gracias á su política pacífica en todas partes encontramos una patria y todos juntos no formamos más que una nación. ¡La dominación romana jamás tendrá fin!» Los peligros que amenazaban al Imperio en el siglo IV habían reavivado el patriotismo en muchas almas. ¿Qué sería sin Roma de la brillante civilización que bajo la protección de ésta se había desarrollado? Roma fué la madre amada á la que se quería con mayor ternura á causa de las glorias de su pasado, de los dolores que había sufrido y de las esperanzas que en ella se encarnaban; aun después de las victorias de Alarico, muchas almas siguieron conservando en parte su fe (1).

Y este patriotismo lo sentían no sólo los representantes de las antiguas familias de Roma, sino que también los provinciales: Claudiano, en efecto, es oriental, y Rutilio Namaciano galo. Entre todas las provincias, la Galia es romana por afecto: los emperadores que en ella fueron proclamados en el siglo III ó á principios del IV considerábanse como emperadores romanos, no como representantes de aspiraciones nacionales, y su mandato no consistía en libertar á la Galia del poder de Roma, sino en defenderla contra las incursiones de los bárbaros (2). Se han equivocado, pues, los historiadores modernos que, apoyándose en hechos mal interpretados, como por ejemplo las sublevaciones de los bagaudios, ó en algunos textos aislados, han tratado de representar á la Galia como dispuesta en toda ocasión á rebelarse contra Roma y á aliarse con los germanos.

Se ha acusado á veces á los cristianos de haber separado en este punto su causa de la del Imperio y de haber saludado en los bárbaros á unos aliados contra Roma. Es verdad que uno de ellos, Comodiano, predice á mediados del siglo III que los godos invadirán el Imperio y pondrán término á la persecución de los santos, y que los presenta apoderándose de Roma, llevándose cautivos á los senadores y tratando, por el contrario, á los cristianos como hermanos, con lo cual se anunciará el próximo fin del mundo; pero este grito de maldición es lanzado en lo más terrible de las persecuciones y en la época de aquella larga guerra gótica que pareció amenazar la existencia del Imperio, no debiendo, por consiguiente, buscarse en esta profecía la expresión de los sentimientos ordinarios de los fieles. Ya hemos visto que la mayor parte de los cristianos no deseaban la caída del Imperio; con lo que sueñan es con la conquista religiosa del mundo bárbaro, de lo cual se burla en el siglo II uno de sus más ingeniosos adversarios, Celso. «Si fuese posible, dice éste, sería realmente hermoso que la comunidad de una misma fe

uniera á los pueblos de Asia y de Africa, así griegos como bárbaros, hasta los extremos de la tierra; pero no hay en el mundo idea ni propósito más quiméricos.» Pero por lo menos los cristianos, animados por tales esperanzas, no hacen traición al Imperio, y escritores eclesiásticos hubo más adelante que sinceramente creyeron que la religión nueva, propagada entre los bárbaros, les conquistaría no sólo á la causa de Cristo, sino que también á la de Roma. Así, por ejemplo, Paulino de Nola, cuando celebra los resultados de la predicación de su amigo Nicetas, obispo de Dacia, entre los godos, los besses y los escitas, dice: «Gracias á ti, los bárbaros aprenden á cantar al Cristo con corazón romano y á vivir tranquilos y castos en la paz.» Estos sentimientos se modificarán andando el tiempo; Salvia no exaltará las virtudes de los bárbaros y censurará los vicios romanos, y el historiador Orosio se consolará de la caída del Imperio con los progresos del cristianismo.

CAPÍTULO III

VISIGODOS, BURGUNDIOS Y FRANCO (3)

I. Los hunos en Europa y la invasión de 406.—II. Llegada de los visigodos, de los burgundios y de los francos á Galia.—III. Aecio y Atila.—IV. Los galo-romanos y los bárbaros.—V. Eurico y Gondebaudo.—VI. Los bretones en Armórica.—VII. Poder del episcopado.

1.—*Los hunos en Europa y la invasión de 406*

En la segunda mitad del siglo IV, grandes movimientos de poblaciones arrojaron sobre las provincias pueblos bárbaros enteros.

En efecto, entonces aparecen los hunos que pertenecen á la gran masa nómada de los tártaros y que espantan á los mismos bárbaros tanto como á los romanos.

«Este pueblo, escribe Ammiano, poco conocido por los monumentos, excede en barbarie á todo cuanto pueda imaginarse. Apenas nacen las criaturas se les surcan las mejillas con profundas heridas á fin de im-

(3) FUENTES.—Una gran parte de los textos relativos á este período están reunidos en Dom Bouquet, *Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, tomos I y II, y en Migne, *Patrologia latina*. Muchos han sido nuevamente editados en los *Monumenta Germaniae historica*, serie en 4.^o, *Auctores Antiquissime Leges* (Sidonio Apolinario, Salviano, Jordanis, Gregorio de Tours, *Chronica minora*, *Leges Burgundionum*) y en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, publicada por la Academia de Viena (Orosio, Paulino de Pella, Salviano). Las vidas de los santos que tienen utilidad para la historia están enumeradas en Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, 1902, págs. 46 y siguientes, con indicación de las colecciones en donde se encuentran.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras ya citadas de Fustel de Coulanges, Wietersheim, Waitz, Sybel, Dahn, Lamprecht, Brunner y Schröder: Dom Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, 1872-92. Fauriel, *Histoire de la Gaule méridionale sous les conquérants germains*, 1838. Petigny, *Études sur l'histoire, les institutions et les lois de l'époque mérovingienne*, 1842-1845. Digot, *Histoire du royaume d'Austrasie*, 1863. Longnon, *Géographie de la Gaule au VI^e siècle*, 1878. Binding, *Das Burgundisch-Romanische Königreich*, 1868. Jahn, *Geschichte der Burgundionen*, 1874. Caillemier, *L'établissement des Burgondes dans le Lyonnais*, 1877. Bethmann-Hollweg, *Der Civilprozess im Mittelalter*, tomo I, 1867. Dahn, *Die Könige der Germanen*, tomo V, 1876, tomo VI, 1885. Yver, *Euric roi des Wisigoths*, en los *Études d'histoire du Moyen Age*, dedicados á G. Monod, 1896.

(1) Véanse en la pág. 206 de este tomo los hermosos versos, llenos todavía de esperanza, de Rutilio Namaciano.

(2) Véase el presente tomo, págs. 255 y 258.